LA VIDA RELIGIOSA HOY-4

La alegría de las renuncias

Felipe Santos, SDB

No creo equivocarme al pensar que la Santa ha querido animar a las almas pequeñas, hablándoles de esta alegría accesible a todas. ¿Cómo alcanzarla? Viendo, al igual que ella, en el dolor, una expresión del Amor de Dios. Haciendo de la paciencia un ejercicio de amor filial. Entonces, el Espíritu Santo que mora en nuestra alma hará en ella su obra, como la hizo en el alma de Teresa, y junto a la tristeza, compañera inseparable del dolor, florecerá el gozo, ese gozo de que nos habla San Pablo y que es, como la caridad, fruto del Espíritu Santo: «Los frutos del espíritu son caridad, gozo... » (Gal. 5, 22). Entonces la sonrisa aflorará fácilmente a nuestros labios, reflejando la alegría de nuestra alma.

«Me esforzaba -dice Teresa- en sonreír ante el sufrimiento, para que el Señor, al ver la expresión de mi rostro, no sospechara mi sufrimiento». Expresión llena de ingenuidad, si se quiere, pero reveladora de una altísima sabiduría. ¡Es

un alma que ha sabido comprender a Dios! Ahí está todo.(Santa Teresita del Niño Jesús)

La alegría de las renuncias

En pleno verano, una de mis amigas hizo la profesión religiosa solemne carmelita. Estábamos un centenar de personas en la ceremonia, admirados y alucinado por este compromiso permanente. Luisa — llamémosla así, puesto que su modestia me impide hablar precisamente de ella —hacía su promesa, aquel día, de vivir en comunidad con sus hermanas hasta la muerte, e incluso más allá. ¿Quién sabe?

Las carmelitas son religiosas contemplativas de la Orden del Carmelo. Viven en claustro: nadie entra en el monasterio más allá de la clausura, y estas mujeres tampoco la atravesarán. Su vida está hecha de silencio y oración. Y también de alegría. Se conoce muy poco de las carmelitas y no se sospecha de su enorme alegría. Nos las imaginamos austeras, severas. Muchos asocian su compromiso al sacrificio, mientras que es una llamada profunda y viva. Viva como un pájaro que vuela al lado de un río como un girasol que se vuelve al sol, como un grito de alegría que lanza un niño por el aire y que acaba en los brazos de

su madre. No entra al Carmelo quien quiere. La preparación de Luisa duró casi ocho años. Luisa siguió la misma ruta de todas las carmelitas. Después de 18 meses de encuentros semanales en el locutorio con la maestra de novicias, hizo su experiencia de tres meses en el interior del claustro. Después de tres meses, se le sugirió que reflexionara aún durante un mes en el curso del cual no debía tener ningún contacto con el Carmelo. Y Luisa volvió a él para comenzar sus seis años de noviciado.

A medio-camino, pronunciará sus votos temporales, primer paso al compromiso permanente. Se le recordará a menudo en el curso de este período que su vocación puede expresarse de muchas maneras y en compromisos muy diferentes. Se le habrá explicado largamente la vida diaria de las carmelitas y los rigores que comporta. Sin duda se le hará sugerido que vaya a ver otras comunidades para que compare. La maestra de novicias le habrá repetido que Dios no ama más a las carmelitas que a las madres de familia y que lo importante, es que cada uno encuentre su propia ruta. Se le permitirá luego pronunciar sus votos solemnes. Son éstos los que Luisa ha pronunciado en un cálido día del último verano: votos de castidad, pobreza y obediencia a Dios.

Aquel día, durante la fiesta que siguió, escuché a una de las invitadas sentirse desolada por las renuncias que había aceptado vivir. Sí, eso nos parece muy extraño renunciar al amor de un hombre o de una mujer. Extraño también vivir

con tan poco y que no nos pertenezca nada. Extraño finalmente este voto de obediencia a Dios. Como si eso quisiera decir renuncia a nuestras opiniones y a nuestras aspiraciones. Por eso no sentimos confusos cuando asistimos a los votos solemnes.

Y sin embargo, estamos cerca de estas carmelitas. En el nacimiento de cada uno de mis hijos, ¿no me he comprometido hasta la muerte junto a ellos?
Esta maternidad, ¿no es un compromiso que profundizo cada día reflexionando en lo que es mejor? Cada vez que me levanto en medio de la noche, ¿no he obedecido a un amor más grande que yo? Al tener tres hijos, he renunciado a hacer fiesta cada noche con amigos para hacerla con ellos. He renunciado también ser menos rica en dinero y en bienes. He renunciado a poseer cosas solamente mías. Todos los que tienen hijos saben bien que la vida de familia obliga a compartir todo. Los magníficos jarrones de porcelana tienen poca vida con pequeños que saltan y vuelcan cuanto tocan día a día. Al igual que las carmelitas, debo vivir con otras personas que tienen su humor, su pena y sus enfados. Debo compartir mi vida con un cónyuge que no siempre hace lo que quiero y que tiene su modo de ser. Para vivir con el padre de mis hijos, ¿no he renunciado a otros amores que he podido encontrar?

Creo que las renuncias surgen en la vida de cada uno y de cada una, simplemente porque

vienen con nuestros compromisos. Pero pocas entre nosotras se preparan tan bien como una carmelita. Las renuncias nos caen de arriba, a veces dolorosamente.

El obispo que pronunciaba la homilía durante la celebración de los votos de Luisa dijo en alto lo que cada uno pensaba por lo bajo:« ¿Por qué un compromiso así? ¿Para qué sirven estas renuncias?» Interesantes cuestiones. Quizá era el momento en que yo mismo/a me la plantee. ¿Para qué sirve que tenga hijos? ¿Qué yo viva con su padre?
¿Que me levante cada mañana para ir a trabajar? ¿Qué consuele a mi pequeño que llora? La respuesta me parece tan vital como para una carmelita. La vida difícil de pareja, ¿no me aporta la alegría de compartir la intimidad de alguien? La presencia exigente de mis hijos,¿ no me ha permitido conocer locas sonrisas inesperadas, la inmensa ternura de amamantarlos y el placer sencillo de construir un castillo de arena?

Me siento muy cercana a mis hermanas carmelitas. Yo también, tengo compromisos que dejan estupefactos a algunos. Y renuncio a muchas cosas que parecen tan importantes a otros. Como Luisa, he buscado una comunidad de personas que viven las mismas elecciones que yo. Y la alegría que encuentro me trastorna.